

R

U

Martha J.

Ramírez

CAMBIO

de

B

O



R
U Martha J.
Ramírez
CAMBIO
de B
O



Cambio de rumbo

Martha J. Ramírez



LOS OTROS LIBROS

La presente obra es resultado del *Seminario para las Letras Guanajuatenses de Cuento Efrén Hernández 2015*, con el patrocinio de la Secretaría de Cultura del Gobierno Federal. El seminario tuvo como asesor a Marcial Fernández.

Primera edición, 2015.

D.R. Martha J. Ramírez

D.R. Editorial Los Otros Libros
Pedro Hernández Valenciano No. 36
Col. Mineral de la Hacienda C.P. 36250
Guanajuato, Gto., México
www.editorialsanroque.com

Cuidado y diseño editorial: Ana Paulina Calvillo

Los Otros Libros promueve la libre difusión del arte y la cultura, es por ello que alienta a sus lectores a descargar y compartir las publicaciones de la editorial.

Amparo

Huir. Como cada día, solo quieres huir. Agarras tu mochila, que ha pasado la jornada en el suelo recargada en la pata trasera de tu banca escolar, y guardas tu libro de física, tu cuaderno forrado de colorido papel floreado y tus lápices mordisqueados. Coges tu chamarra del respaldo y te la pones; sobre ella te cuelgas la mochila. Te tomas tu tiempo; es mejor esperar a que salgan los demás.

Cuando solo queda al frente del aula tu maestra, te diriges a la puerta y sales sin siquiera despedirte. A ella no le extraña, está acostumbrada a tus rarezas; a tu actitud de “arisca independencia”, como lo asentó en el

reporte escolar tras el primer mes del curso. A pesar de tu rezago, aún encuentras a algunos alumnos en el pasillo del primer piso. Son los más jóvenes del plantel; los menos agresivos, los más asustadizos, los más tolerables. Pero en la escalera te topas con los que bajan del segundo y tercer piso; los “grandes”. Son ellos a quienes temes, a esos que adoptan actitudes provocadoras de típicos adolescentes.

Desde aquel primer día de clases en la secundaria, cuando esperabas que esta nueva escuela significara un cambio en tu vida, descubriste que la agresión que enfrentarías sería distinta, ya no la de los niños inconscientes, sino los apodos y las burlas con la intención clara de herirte.

Retrocedes unos pasos y te refugias en el baño. Escuchas los ecos de los jóvenes que salen riendo y poniéndose de acuerdo a gritos para el paseo de la

tarde o la tarea pendiente. Aprovechas para reacomodar tu cabello y cruzas un mechón sobre tu frente, intentando cubrir tu ojo derecho, ese que se empeña en mirar en su propia dirección.

Cuando se atenúa el barullo exterior, te animas a salir. Bajas hacia el patio de piso de concreto, arrastras los pies cruzando las líneas azules y rojas que marcan los límites de las canchas de basquetbol; dos a lo ancho de la explanada. Ensimismada, no te das cuenta de que en la puerta te esperan; ni de que yo te sigo.

“¡Virola!”, te gritan, sobresaltándote. De pronto, estás en medio de seis o siete adolescentes, que te empujan de un lado a otro y tratan de arrebatarte la mochila. Das un traspié y estás a punto de caer. Eso los distrae lo suficiente para que logres escabullirte. Corres hacia la esquina, y yo voy tras de ti.

Una vez que dejas de escuchar las

risas y los gritos, desaceleras el paso. Respiras con agitación y tratas de contener las lágrimas. “No merecen tu llanto, Amparo”, casi escuchas decir a tu mamá, quien te espera en casa para envolverte en sus brazos y consolarte.

Pero hoy no quieres llorar. Te desvías de tu camino habitual, conmigo a la zaga. El viento agita tus cabellos y entorpece mi avance. No me percibes aún, nunca lo haces; aunque siempre estoy ahí.

Sigues por una calle empinada y cada vez más desierta. No la reconozco, no sé a dónde te diriges. Los locales comerciales van dejando su lugar a casas con extensos jardines; luego, a enormes muros que protegen bodegas o fábricas. Pasas de largo ante la mirada de algunos obreros que aprovecharon la hora de la comida para salir a fumar.

Más adelante, la avenida se convierte

en una carretera ascendente. Sales de la ciudad y continúas andando sobre la cuneta, cada vez con más esfuerzo pero muy decidida. ¿Decidida a qué?, me pregunto.

Poco después tomas un camino secundario y te metes en el bosque. Si no me has visto hasta ahora, menos me verás aquí. Las copas de los elevados árboles solo dejan pasar esporádicos rayos de sol, y estos destellan deslumbrándote y volviendo más oscuro tu entorno.

Este lugar sí lo recuerdo, vas hacia el sitio donde tu hermana y tú se sentaron la otra tarde. Tú llorabas y ella te abrazaba. “Amparo, no debes escucharlos”, te decía, mientras tú te preguntabas cómo podías cerrar tus oídos a sus insultos y tu corazón a sus desprecios.

De pronto, el sendero y la vegetación terminan abruptamente y el cielo se revela encapotado, tan turbulento

como tu interior. Tus pisadas hacen crujir los guijarros y avanzo detrás de ti sin que me preocupe que puedas escuchar las mías.

Te detienes donde la tierra se rompe en un acantilado profundo. Cansada y acalorada, te quitas la mochila y la chamarra, dejándolas caer a tu lado. Ojalá fuera tan fácil deshacerte del lastre de los apodos y del calor de la vergüenza.

Quieres olvidarte de todo y te concentras en tu entorno: el mar a tus pies, el viento a tu alrededor, el graznar de los albatros. Pero abajo ruge el mar, como lo han hecho toda tu vida los comentarios hirientes. El viento te azota como las constantes ofensas. El chillido de las aves te cala como los gritos de tus compañeros.

Cuando comienza a llover, extiendes los brazos en cruz y, por fin, te permites llorar. Las gotas se confunden con tus lágrimas, pero el agua fresca

no alivia el ardor de los insultos, como tampoco el bálsamo de los abrazos de tu madre ha curado los raspones que has acumulado en el alma durante 13 años.

Huir. Estás a un solo paso de huir. Cierras los ojos y me ves, sonriéndome mientras te lanzas al vacío en busca del amparo de mis alas.

Ave de paso

Le abriste la puerta y Fernanda entró con la ligereza del fresco viento otoñal. Nada te preparó para el vendaval que vendría después.

Un día, Fernanda te escribió un breve mensaje apelando a los buenos momentos que pasaron juntas durante aquel curso de verano en el extranjero. *Acepté un trabajo en Monterrey, ¿crees que pueda hospedarme contigo mientras encuentro dónde vivir?*

Casi no lo pensaste, viviendo sola no había con quien consultarlo. Más bien recordaste la amistad que de inmediato se había forjado entre ustedes y lo divertidos que fueron aquellos días de tu época de estudiante. *¡Claro que*

sí! Avísame cuándo vienes, respondiste.

Llegó la fecha y el timbrazo de Fernanda reverberó en la quietud de tu casa. En el umbral te topaste con la misma mujer de jeans ajustados, camisetas de estampados escandalosos, tenis gastados y cabellera alborotada que recordabas de cinco años atrás.

—¡Estás igualita!, —le dijiste al abrazarla.

—Perdona que no pueda decir lo mismo de ti, —te respondió, asombrándote con su franqueza—. Es que ¡mírate! ¡Hasta para andar en casa te vistes como si tu príncipe azul fuera a tocar a la puerta!

—Bueno, es que..., —empezaste a explicarte sin saber por qué, mientras soltabas una risita nerviosa.

—¡Apariencias, apariencias! —exclamó Fernanda, mirando interesada el entorno minimalista de sillones marrón y paredes desnudas.

No dijo nada más, pero su expresión delató su opinión sobre la esterilidad del ambiente.

En el rato en que trataron de ponerse al tanto de lo que había ocurrido en sus vidas, tú acaparaste la conversación. Fernanda solo intervino para comentar “sí, vi las fotos en *Facebook*”, “me enteré por uno de tus *tuits*”, “lo supe cuando actualizaste tus datos en *LinkedIn*”.

Al final, te quedó la sensación de que habías expuesto demasiado de ti en ese escaparate virtual de las redes sociales. Algo tendrías que hacer al respecto, pensaste, temiendo por tu seguridad.

Luego, con tu acostumbrada practicidad, le enseñaste el resto de la casa y cuál sería su habitación, y le hablaste de tus horarios y tus costumbres.

—¿En tu vida hay espacio para la espontaneidad? —fue el comentario

de Fernanda.

La pregunta a la que conscientemente evitaste responder, te causó una desazón que en los siguientes días revolotearía en tu interior soltando poco a poco el polen de la insatisfacción.

Durante el fin de semana, le enseñaste a Fernanda el súper cercano, el mejor camino para llegar a su trabajo, los barrios más seguros y los mejores restaurantes, tratando de darle una estructura sólida en la cual desenvolverse.

El lunes bajaste lista para irte al trabajo, con tu elegante traje sastre y el estuche de tu laptop en la mano. Te sorprendió verla con una variante ligeramente de mayor calidad de sus prendas del fin de semana, acentuada por un gran morral multicolor al hombro.

Salieron al mismo tiempo y cada una abordó su auto: tú, un sedán plateado reluciente; ella un juvenil

modelo color verde limón cubierto de polvo. Durante el trayecto al trabajo, Fernanda siguió aleteando en tus pensamientos, reviviendo el recuerdo de la joven desenvuelta y divertida que habías sido.

—¿Cuándo abandoné mi juventud? Vieja no soy. Madura y metódica, eso sí, —razonaste.

Al regresar en la noche, te recibió la música que salía de la laptop de Fernanda; vanguardista, con tenues sonidos de arpa y la voz potente de la intérprete. Luego llamó tu atención el fragante ramo de flores sobre la mesa.

—Una muestra de mi agradecimiento por recibirme, —te dijo al seguir tu mirada.

Mientras tratabas de concentrarte en la revisión de un informe que presentarías al día siguiente, solo pensabas si aguantarías su presencia; estabas demasiado acostumbrada al silencio, a

la soledad.

Las olas musicales sutiles y relajantes insistían en romper tu cadena de pensamientos negativos, y recordaste las flores que parecían dar calidez a tu casa desolada. ¡Desolada!, nunca antes se te había ocurrido calificarla así. La decoración de tu casa era práctica y no tenía nada de malo que te gustara el orden, te retractaste.

Y de nuevo la música; melodiosa, rítmica, acompañada. Abandonando tu resistencia consciente, te dejaste llevar por esas sensaciones agradables que te sacudían internamente. Ya hablarías con Fernanda después.

No hubo necesidad. Fernanda sólo se quedó un par de semanas, aunque cada día regresó con una sorpresa o una anécdota adquirida en sus paseos sin rumbo por la ciudad. Experiencias que le producían placer y que empezaste a desear para ti misma.

El paso de Fernanda por tu casa fue breve, pero hizo anidar en ti un desasosiego y unas ganas de gozar que le agradecerías toda la vida.

Expiación

Los gruesos muros de piedra, el foso y los torreones revelan su pasado. Entramos en el baluarte ahora convertido en museo y me siento transportada en el tiempo. Una armadura sobre un caballo blanco nos da la bienvenida y yo imagino que cierro los ojos y los abro en otra época.

Descendemos una estrecha escalinata hacia las celdas, *donde encerraban a maleantes comunes y hasta a un noble caballero condenado a la horca por los celos infundados de su señor*, según explica el guía.

Adelantándome al grupo, doy la vuelta en una esquina del angosto corredor de techos bajos y la oscuridad

me envuelve. Por un segundo siento miedo; luego recuerdo que no estoy sola y doy la vuelta.

Me sorprende escuchar un ligero *fru-fru* y sentir el roce de un faldón a cada paso. Conforme avanzo, veo cómo la luz parpadeante de las antorchas brilla en los dorados hilos y las pulidas perlas de los bordados de mi vestido.

Erguidos guardias armados con hachas y alabardas custodian la escalinata. Por entre las ventanillas de las pesadas puertas de las celdas, rostros macilentos rodeados de cabellos hirsutos gritan sus ruegos y protestas.

Me siento fuera de lugar, pero no de época. Es como si naturalmente encajara en el ambiente, aunque me incomoda la humedad del recinto y los humores de sus forzados moradores.

Mientras me dirijo a la salida, intento contener los sollozos. Verlo ahí,

resignado, dispuesto a callar para rescatarme del escarnio, habla de su amor, su caballerosidad y su nobleza. Su mirada triste y el estremecedor roce de nuestras manos me dieron la entereza para emprender con él este último viaje.

Discretamente, saco de entre mis ropajes una daga. Al subir los escalones la elevo a la altura de mi corazón y finjo un tropiezo. Todo a mi alrededor se nubla, los sonidos se apagan, mi respiración cesa.

Ligeras sacudidas y llamados atenuados me hacen abrir los ojos. Un deslumbrante destello de sol me hiere y me enfrenta de golpe a mi presente.

Entre mujeres

El escenario es perfecto, una cafetería snob frente al mar, y los personajes son interesantes. Yo observo la escena desde un rincón como si hubiera sido montada solo para mí.

Mientras sus hijos están en la escuela, varias señoras jóvenes matan las horas bebiendo café y devorándose unas a otras. Sus miradas recorren de arriba a abajo a cada recién llegada, a la que reciben con besos al aire que imitan saludos sinceros.

El ambiente en general es bullicioso y los parloteos de ese grupo que me distrajo de mi lectura se intensifican cuando alguna de ellas se levanta momentáneamente seguida por las

miradas de las demás.

Como cuando la joven madre, que llegó acompañada de su bebé y la nana, se aleja hacia el rincón donde los dejó para decirle algo a ella, sin siquiera mirar a ninguno de los dos.

Ella cree que con ese simple gesto representa bien su papel de madre preocupada, y quizás ante sus amigas así sea. Para mí, esa acción superficial solo subraya su falsedad.

La nana toma al pequeño de su carriola para que sus gemidos y lloriqueos no molesten a la madre, y finge que no escucha la conversación en la mesa de su patrona:

“¿Cómo vieron el vestido de La Nena en la boda de Mariela?”, “La que se pasó fue la suegra, ¡qué escote!”, “¡Y a sus años!”, “No se puede decir que no conserve un buen cuerpo, ¡como se la pasa en el gimnasio!”, “Pues sí que hace ejercicio, pero no nada más en

los aparatos, ¿han visto a su instructor?”, “¡Cállate!, su prima está en aquella mesa!”, “¡Pero si ya todo mundo lo sabe!”

La nana mira a los ojos al bebé y le canta, le acaricia la mejilla, le besa la frente y, finalmente, lo acurruca hasta hacerlo dormir.

Sin dejar de mecerlo, saca del bolsillo de su pantalón la foto de otro niño, la observa e inspira el aroma del pequeño que tiene en brazos.

Debe ser su propio hijo, al que tiene que dejar al cuidado de quién sabe quién mientras ella atiende a este otro.

Veo tanto amor en sus gestos que imagino que piensa que sus besos y abrazos los percibe su niño en la distancia, que sus canciones de cuna las lleva el viento hasta sus oídos.

“¡Déjalo en la carriola!”, le grita enojada su patrona. “¡Luego me lo dejas malacostumbrado a los brazos!”

Obedece, y las lágrimas se asoman a sus ojos mientras continúa contemplando el retrato.

A veces, las historias más conmovedoras las encuentro cuando levanto la mirada de mis libros.

Cambio de rumbo

Vuelo hacia casa, no debo llegar tarde. Unos minutos de demora significan un airado interrogatorio, una dura reprimenda y, a veces, golpes. ¿Qué le voy a hacer? No es que no me ame, siempre se disculpa.

Algunas veces explica que cuando me retraso se preocupa mucho y por eso lo encuentro enojado; otras dice que no puede evitar sentirse celoso, que soy muy guapa. Yo lo quiero, y procuro no darle motivos para que se enfade.

Esta tarde, voy más apurada que de costumbre, perdí el autobús de las seis y tuve que esperar el siguiente. No dejo de darle vueltas a cómo lo encontraré:

preocupado o celoso.

Al pasar frente a un ventanal abierto, percibo un olor a viejo que me distrae de mis cavilaciones y me hace parar en seco.

El aroma es el mismo de la casa de mi abuela y me remonta a mi niñez. A los recibimientos cariñosos y los abrazos espontáneos. A esas tardes lluviosas de chocolate caliente y bizcochos; a los días soleados de juegos en el patio con mis primos. Al amor y a la alegría.

Los recuerdos contrastan tanto con la realidad que me espera que, de pronto, se me revela la total ausencia de todo eso en casa.

El temor por llegar tarde da paso a la nostalgia y una voz en mi interior me grita: *¡Ya no más!*

Dudo unos momentos, mientras aspiro el olor de mi pasado y dejo que penetre en cada célula de mi cuerpo como gotitas de acero que se fusionaran para

reforzar mi decisión.

Con una nueva autoconfianza, me doy la vuelta y tomo la dirección contraria, en una apuesta por retomar el rumbo de mi vida.

Un último abrazo

Llega Rosario, la enfermera, reprimiendo un mohín al inhalar el olor acre de mi recámara. Me saluda con fastidio, cansada ella también de esta vida que compartimos. Todas las mañanas es lo mismo: entra, confirma que sigo viva, me levanta y me acompaña al baño.

Mientras me visto, coloca sobre una mesita un vaso de agua y mis medicinas, un café aguado y un pan dulce un poco duro. Al final, me lleva a un sillón en el rincón y me acerca la mesa; todo en silencio y con un eterno gesto adusto que me hace pensar que su rostro es de cartón. Mañana tras mañana, una habitación tras otra, con unos y otros

ancianos como yo, Rosario repite el ritual, quién sabe desde hace cuántos años; ella ya estaba aquí cuando yo llegué.

Recuerdo nuestra primera mañana juntas; ella sonriente y yo temerosa.

—Buenos días, doña Anita. ¿Cómo le va? Llegó ayer, ¿verdad? ¿Le está gustando estar aquí? Déjeme que le ayude a bañarse.

—No es necesario, de veras —le respondí apenada y confundida por la andanada de preguntas.

—Para eso estamos, madrecita. Para ayudarles en todo y hacerlos sentir mejor que en su casa —dijo.

Y yo me aguanté las ganas de llorar y de decirle que preferiría estar allá.

Al final, se impuso *la maldita confianza*, como diría mi padre. Ella ya no disimula su hastío y a mí ya todo me da igual.

Me pregunto qué pasó con ese

afecto de Rosario por *los huéspedes*, como nos llaman. Sería la muerte de uno tras otro lo que la fue encalleciendo hasta hacerla inmune a nuestros dolores y depresiones. Es difícil adivinarlo, y no me atrevo a preguntarle. ¿Para qué? Eso, creo yo, no le devolvería la amabilidad.

Tras mi mísero desayuno, estaré sola hasta que Carmencita, la asistente, se acuerde de que existo y me lleve al jardín.

Ahí, amparados por los árboles, veré a don Joaquín y a don Chucho jugando al ajedrez hasta que alguno lleve las de perder y frustrado termine volcando el tablero. Ellos creen que así evitan que haya un ganador, pero yo les llevo la cuenta. No sé jugar ajedrez, pero bien que registro cuántas veces han tirado las piezas cada uno.

En otra banca, envueltas en la fragancia del rosal que les evoca sus años

de superflua vanidad, doña Sofía le relata a Arcelia uno de sus romances de cuando era cantante de vodevil; aquel con el diputado casado, malgeniado pero muy generoso mientras le duró el cargo público.

—Mire, Arcelita, este pañuelo bordado me lo regaló él, de cuando fue a París de viaje de trabajo. Me iba a llevar a mí, pero al final la esposa se le pegó y me quedé con las ganas.

Y Arcelia se nota desconcertada, dividida entre la simpatía por doña Sofía y la solidaridad con la esposa que se impuso en su papel.

Doña Sofía dobla el delicado cuadrado de tela y lo mete en el bolsillo de su suéter. Ya después lo guardará en esa caja de madera donde tiene lo poco que conserva de sus años de gloria.

Es que aquí no podemos traer muchas cosas, solo algunos detalles que nos recuerden el pasado: fotos, algunos

libros, una peineta, una pluma, un costurero. Joyas y otras cosas de valor, no. ¡Cómo si las tuviéramos! Si estamos aquí es porque las vendimos para pagar nuestra estancia.

En la banca frente a ellas, don Juan, el ex zapatero (*de los buenos, de los que hacíamos zapatos a la medida, no mero remendón*), le lee con su voz de trueno un periódico del día anterior a don Nacho, un escritor que ahora se limita a crear sus historias en la mente ante la falta de unos ojos sanos que le permitan seguir poniéndolas en papel.

—¿Qué eso no me lo leyó el otro día, don Juan?

—Que no, Nachito, mire, aquí dice: Miércoles 5 de agosto de 2015, que le digo que es de ayer. Nomás que ya ve que en la política nada cambia; unos siguen robando, y otros siguen quejándose.

Conforme el sol avanza inexorable

por el patio desplegando su calor, nosotros vamos brincando de banca en banca como pajarillos asediados. Finalmente, termina por conquistarnos y partimos desordenadamente en retirada hacia el salón común, apoyándonos los más débiles en los más fuertes o en un bastón.

Ahí están quienes nunca quieren salir: doña Alicia, la ex modista; don Pascual, el ex contador; Lupita, la ex secretaria; don Lalo, el ex maestro.... Todos somos “ex”, todos fuimos algo que ya no somos.

Son ancianos que pasaron tanto tiempo de sus vidas encerrados que no les gusta estar al aire libre. Yo no, yo pasé mi vida en el campo, en una espaciosa hacienda, rodeada de plantas y animales y bajo los rayos del sol o el destello de las estrellas.

En el salón, a veces todos colocamos nuestras sillas alrededor de don

Nacho, quien, sin poderse contener más, expulsa la nueva historia que ha estado bordando mientras se mantenía inmerso en sus silencios.

Al principio, es como un borbotón de palabras, pronunciadas sin ton ni son, inconexas; como si fuera el campanazo que nos convocara. Luego, con más serenidad, empieza a mostrar las hebras que poco a poco va entretejiendo hasta convertirlas en un lienzo complejo, como la vida de cualquiera: algunos tramos lisos y sosos y otros con tantas puntadas que parecen pinceladas de alegres recuerdos o cicatrices de dolorosas heridas.

A las dos de la tarde, ni un minuto más ni un minuto menos, nos conducen al comedor, donde nos sirven “alimentos blandos”, como les llaman ellos; bazofia, les llamo yo.

Todos nos doblegamos y comemos; o hacemos como que comemos. He

visto muchas veces cómo alguno va dejando de alimentarse, cansado de lo mismo, pienso: la misma comida, el mismo desinterés, el mismo abandono, la misma indolencia.

Ellos ni se dan cuenta, no le ven cómo se va adelgazando y deteriorando hasta que un día ya no sale de su cuarto. Nosotros sí, y nos preocupamos por él, o ella, hasta que, poco después, le vemos partir en una camilla cubierto por completo por una sábana.

Nadie se ocupa ni preocupa de hacerlo con discreción, sin que seamos testigos de su partida. ¿Es que a ninguno se le ocurre que en ese cuerpo que se va nos vemos a nosotros mismos?

—Ahora fue Luisita —dijo doña Sofía, secándose las lágrimas con un pañuelo desechable mientras en la otra mano estrujaba su preciado pañuelito bordado—. Dicen que le dio un infarto mientras dormía, que no debe haber

sentido nada. ¡Pobrecita, ella que tenía tanto miedo de morir solita!

Cuando despedimos a otro de los nuestros, los demás nos quedamos siempre taciturnos. Para todos, estoy segura, aunque no nos lo digamos, es un motivo para reflexionar y hacer *cor-te de caja*. Hay a quienes les asusta la muerte; temen que sea un salto a un vacío insondable y se aferran a esta vida, por triste que sea. Otros, simplemente tienen miedo de que en el más allá les cobren las que deben. Pero también están los que tienen la esperanza de que en esa otra vida les esperen las recompensas de sus buenas acciones en esta.

Yo no, yo creo que ya cumplí con lo que vine a hacer aquí y me vendría bien un *descanso eterno*.

Las tardes son siempre iguales: otra vez al salón común. Algunos (los que pueden) leen un libro, mientras otros se cuentan (otra vez) sus viejas

anécdotas. Hay quienes se quedan solo mirando al vacío; recordando, creo yo, y en eso me entretengo, imaginando qué podrían recordar.

Doña Socorro, la ex costurera que nunca habla, por ejemplo, tiene sobre su buró una fotografía de tres niños; sus sobrinos, supongo. Me figuro que, entregada a su trabajo, nunca tuvo tiempo de encontrar una pareja y formar su propia familia o que convirtió en su misión ayudar a su hermana viuda a criar a sus hijos.

Fantaseo que se acuerda de cómo cada 6 de enero llegaba cargada de juguetes a la casa que compartía con ellos, cómo en cada cumpleaños encargaba el pastel más grande y más bonito, cómo antes de cada primer día de clases compraba sus uniformes y cuadernos, cómo en cada boda aportó para la fiesta.

Y, si así fue, me pregunto, ¿dónde

están hoy esos sobrinos? ¿No serían, más bien, sus hijos y los perdió en un accidente? ¿No será que siempre envidió la vida de su hermana y, llena de amargura, se mantuvo alejada de esa familia? ¿No será que ahora, abandonada, la carcome el arrepentimiento de no haber llevado una buena relación con ellos?

¡Vaya! ¡Ya parezco don Nacho lucubrando historias! Solo que yo no me atrevería a contarlas en voz alta; mis personajes son muy reales y están muy presentes, mientras que los suyos solo viven en su imaginación.

Eso sí, a veces mis reflexiones resultan más entretenidas que la telenovela de la tarde que se transmite en el televisor viejo que está en una esquina del salón. Cuando me cansó de imaginar otras vidas, la veo porque no hay mucho más que podamos hacer. Somos muebles que terminamos estorbando,

y tenemos que desplazarnos de aquí para allá; no por voluntad, sino por obligación.

A esta hora, toca que nos reúnan en el salón frente al televisor para que veamos, en el canal que nos seleccionaron, la novela que creó un escritorzuelo sin sentido común y que el canal decidió producir y programar.

María Joaquina, es que tienes que creerme, dice el galán a la “muchacha” de la casa, la cual llora desconsolada apoyada en la mesa de una elegante cocina. Denisse no significa nada para mí. Son mis padres los que...

La imagen se apaga, los espectadores se quejan, don Juan se agacha y recoge el cable con el que acaba de tropezar. Al conectarlo de nuevo al enchufe, saltan chispas y él retrocede asustado.

—¡Ah, caray! Me dio toques, ¿qué nadie se va a molestar en arreglar esta conexión? —le dice a Carmencita—.

Lleva días oliendo a chamuscado.

Ella solo se encoge de hombros y no responde, pero todos entendemos su silencio: *Eso no me toca a mí.*

Llega la noche, y después de una insulsa merienda, nos llevan a la cama, a reposar nuestros agotados cuerpos y a seguir echando a volar la mente (los que aún la tenemos lúcida, con más sensatez; los que no, impetuosamente).

Como todas las noches, pasarán las horas sin que logre conciliar el sueño. Como cada noche, estaré repasando mis recuerdos. Como siempre, ahogaré mis sollozos y limpiaré mis lágrimas.

Pero esta noche parece distinta. Lo sé porque escucho gritos. No los aullidos de los que desvarían ni los quejumbres de quienes padecen, sino gritos de terror y desesperación.

A través de la puerta entreabierta veo la luz de las llamas y las sombras con sus aureolas plateadas que avanzan

penosamente en busca de la salida. Me quedo quieta, pensando que mi escape está en esta cama, que ya es hora de que el calor me abraze y yo abrace a la muerte.

Índice

Amparo.....	6
Ave de paso.....	15
Expiación.....	23
Entre mujeres.....	27
Cambio de rumbo.....	31
Un último abrazo.....	35

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de
2016, en los talleres de Editorial Los Otros Libros,
Pedro Hernández Valenciano No 36
Mineral de la Hacienda
Guanajuato, Gto.